

POESIAS LIRICAS DE J. A. SOFFIA. (1)

I.

Cuando recibimos el libro, cuyo título encabeza estas líneas, lo abrimos con cierto interes i cariño, ya que no con curiosidad, pues conocíamos en gran parte las delicadas inspiraciones que llenan sus páginas.

Años hace que al leer la primera composicion que J. A. Soffia daba a la prensa, nos formamos sobre su talento poético una idea que aun no ha variado. Las dotes que entónces le reconocimos son las mismas que hoi admiramos en él, salvo la correccion del estilo que solo la dan la práctica i el estudio de los grandes modelos.

En esa época existia en Chile algo que ya no existe, un verdadero movimiento artístico, un amor a la poesía que en algunos corazones se confundia con el culto que tributaba el alma a lo bello i lo bueno, que la remontan a su oríjen primero.

Se aspiraba a la gloria como hoi se aspira al oro; se ansiaba renombre i fama como hoi el logro de mezquinas i rastreras ambiciones i esa juventud que cantaba i escribia, vivia unida por los estrechos lazos de una verdadera amistad.

Todavía recordamos con gozo el entusiasmo con que aguardábamos el folletin poético que publicaba todos los sábados un periódico de entónces. Eduardo de la Barra i Luis Rodriguez Velazco, ya ventajosamente conocidos, nos regalaban casi dos veces por mes algun himno patriótico o una cancion de amor; Carlos Walker arrancaba a su arpa notas fuertes i varoniles; Emilio Bello dejaba oír las notas delicadas de una lira que habia de enmudecer demasiado pronto. Campusano, Alvear, Soffia i otros muchos alternaban de cuando en cuando con ellos i esa brillante pléyade de ingenios casi niños auguraba dias de gloria para la literatura patria.

I la mayor parte de los que escribian juntos se buscaban entre

(1) Un hermoso vol. de 458 pájs.—Santiago, imprenta de *La República*, 1875.

sí para comunicarse sus impresiones, se criticaban benévolutamente sus desaciertos, se prestaban sus libros, conociéndose entre ellos ningún jérmen de dañosa emulacion.

Entónces no existia bajo el pomposo título de *academia* sociedad ninguna literaria que en el primer artículo de su reglamento impusiese a los que quisieran formar parte de ella el sacrificio de sus creencias relijiosas, como lo vemos ahora. Habia, sí, sociedades de amigos como el *Círculo de las letras*, fundacion del señor Lastarria, pero que en aquel tiempo se juntaba en casa de don Anjel C. Gallo i el modestísimo *Club de los estudiantes*, cuyo recuerdo no debe haberse borrado del alma de los que lo componian.

Mas tarde los odios políticos vinieron a destruirlo todo. La pasion robó a muchos el espíritu de fraternidad i aun el de justicia i los que trabajaban i cantaban juntos se hallaron esparcidos en los cuatro vientos, sin que haya de comun entre ellos mas que el recuerdo de un pasado, cuya vuelta parece imposible....

II.

Las primeras composiciones de J. A. Soffia se publicaron, si mal no recordamos, en 1863. En los trece años que desde entónces van corridos, su musa fácil i fecunda ha seguido dictándole dulces himnos, sin que la fatiga ni el desaliento hayan asaltado por un solo instante el corazon ni la mente del poeta.

Ejemplo raro en estos tiempos son esa dedicacion al arte i ese culto tributado sin cesar a lo bello; i el poeta que lo da merece bien la simpatía de los corazones jenerosos.

Despues de recorrer una a una las pájinas del libro que nos ocupa, desde la primera hasta la última, nos encontramos con que palpitan en ellas los recuerdos de la época, cuya desaparicion acabamos de lamentar. Cada uno de esos poemas ha despertado en nosotros una de esas dulces memorias que nos han hecho remontar la corriente de los años, el eco talvez de sentimientos propios para los que nosotros no hubiéramos nunca hallado tan bella expresion.

Jeneralmente las obras de sentimiento son de por sí monótonas i cansadas. Sea el espíritu de nuestra época que tiende como ninguna otra al realismo, sea la ajitacion de los espíritus o el ansia grosera de goces materiales que domina a la humanidad, ello es que pocos son los que buscan hoi su embeleso en las pájinas del Werter o del René o en las suaves i tiernas impresiones que deja al corazon el Rafael de Lamartine.

Hoi se pide al poeta otra cosa. La musa yankee de Longelow ha sucedido a la musa romántica que se vela medio vergonzosa en su manto de negro crespon, bañado en lágrimas. Hoi no se

quieren lamentos sino esperanzas, i el poeta debe olvidarse de sí para consolar las amarguras de sus hermanos.

J. A. Soffia ha comprendido esto como pocos. Sus cantos no son el eterno treno arrancado al arpa del dolor. Si llora, su llanto no es el jemido de la desesperacion sino la plegaria del cristiano que sabe que en pos de las espinas de este valle existe un eden donde brotan flores inmortales, donde el que sufre en la tierra con noble paciencia halla por premio una dicha sin fin.

Para nuestro poeta al lado del dolor que arranca al corazon amargos ayes están la confianza en Dios en el cielo, i en la tierra el amor, el santo amor que vivifica i alienta, que purifica i que consuela.

El amor es la inspiracion de nuestro amigo i a este noble sentimiento debe el haberse conquistado los laureles del poeta. Pero el amor que canta no es grosero i sensual como el de Safo i Anacreonte, no son los sentimientos afectados del Petrarca, que mas amó a sus versos que a Laura misma; es el amor tal como lo concibe el esposo cristiano, amor espiritual i puro, amor digno i santo, como bendito ya por la mano de Dios.

Leed cualquiera de las composiciones que nuestro bardo dedica a su jóven i bella esposa i en todos ellos hallareis un himno de bendicion al cielo que le dió la felicidad, i una eterna exhortacion a la virtud, ese bálsamo santo que eterniza los afectos terrenos.

Hé aquí algunos fragmentos tomados al acaso de tres diversas composiciones:

Para vivir contigo a todas horas
A tu pasion consagraré mis dias;
Yo cantaré tus tiernas alegrías
I sabré consolarte en la afliccion.....

I aunque el cielo nos niegue otros favores
En la virtud la gloria encontraremos
I alegres i dichosos viviremos
Unidos en un solo corazon.

¡Felices los que amando enardecidos
Pasan la juventud
I que encuentran despues de estar unidos
La gloria en la virtud!

.....
Tú en mi cariño encuentras la alegría
I yo la encuentro en tí.
¡Pídeles a los cielos, vida mia,
Que siempre sea así!

.....
¡La amada lira en que canté a mi madre
En la tumba sagrada de mi padre

Pendiente dejaré;
I en mi postrer plegaria al cielo santo
No falsa dicha ni embustero encanto
Sino paz i virtud le pediré!
¡Paz i virtud, anuncios de otro cielo!
En mí ya ha muerto el mundanal anhelo
Con la engañosa edad!
Cuanto mas sed i tentacion inspira,
La gloria i el placer, todo es mentira
¡Solo Dios i tu amor son la verdad!

Otro amor siempre cantado por los poetas de corazon es el amor a la madre. Amor primero de la vida, va aumentando a medida que los años i las pruebas nos revelan los sacrificios i la inmensa ternura que cada hombre debe a la santa mujer que lo llevó en su seno. I cuando la muerte separa para siempre a la madre del hijo, el huérfano que sobrevive tributa a ese sér adorado un sentimiento que casi pudiera llamarse un culto del alma.

El autor de las *Poesías* que a la lijera analizamos, dedica a su virtuosa i amante madre sus mas sentidas estrofas, siendo pocas las pájinas de su libro donde no se halle un tierno recuerdo suyo.

J. A. Soffia ha escrito una poesía titulada *Cartas de mi madre*, cuya lectura arrancó lágrimas a muchos ojos, i que es talvez lo mas bello que ha brotado de su pluma. Cuando se publicó en las columnas de este mismo periódico, infinitas personas se acercaron a rogar a los editores felicitasen en su nombre al poeta. Esto, si no nos engañamos, sucedia por primera vez en Chile. Quiéramos copiar algo de esta sentida composicion, pero es fuerza renunciar a ello. Seria preciso copiarla toda, pues no sabriamos que fragmento elejir.

III.

Poeta que tanto cantó los mas nobles afectos del alma era imposible que no consagrarse algunas armonías a la Religion i a la Patria. En verdad que todo el libro no es mas que el himno de un hombre de fé que ama i respeta las creencias de su cuna, esperando, como el cantor de *Los mártires*, morir abrazado al Crucifijo i repitiendo las oraciones que de niño le enseñó su madre.

Las poesías líricas de J. A. Soffia rebosan en sentimientos piadosos, son la obra de un católico sincero que ama i conoce el valor de sus creencias i que ruega al cielo lo conserve en ellas hasta su última hora.

Oigámosle cómo apostrofa a la Fé en la oda sáfica que dedica a esta augusta i divina virtud:

De tí blasfeme quien jamas se abate,
De tí maldiga quien jamas padece,
No quien herido por dolor constante
Lágrimas vierte.

¡Dichoso el hombre que en tu amor descansa!
¡Feliz el alma que tu amparo busca!
¡Ai del incauto que en su pecho guarda
Pérfida duda!

Ese en el cielo no verá su patria,
De Dios el soplo no hallará en su esencia,
Nadie en sus cuitas le dirá a su alma:
¡Sufre i espera!

Nunca a negarte, dulce Fé, me tienten
Torpe vergüenza ni cobarde orgullo:
Siempre en mi pecho tu deidad encuentre
Templo seguro!

I hasta que el alma que tu amor alegra
Vuele a otros orbes a buscar su centro,
Luz que conviertes en placer mis penas,
Vive en mi pecho!

Pero ni entónces, dulce Fé, me dejes,
I de que vives en mi triste huesa
La Cruz piadosa que mi tumba vele
Símbolo sea!

Hemos sido largos en esta cita, porque queremos evitar otras del mismo jénero, pues mucho tememos que el cariñoso entusiasmo con que hemos leído estas *Paesías* nos haga añadir todavía alguna mas.

En la necesidad de ser breves nos vemos precisados a omitir algo de lo mucho que todavía podriamos decir. ¿Pero cómo no tributar de paso un elogio a las poesías tituladas *La campana del monasterio* i al delicado idilio amoroso llamado *El puente*? Entre las composiciones patrióticas es notable la dedicada a O'Higgins, héroe que ha inspirado siempre al autor una admiracion sin límites. La dedicada *A la memoria de doña Mercedes Marin de Solar* es notabilísima, como expresion de sentimientos i sobre todo como una feliz imitacion del estilo de la poetisa a quien el autor rinde su póstumo homenaje.

Quisiéramos copiar alguna estrofa de los versos *A Aconagua*, escritos en fáciles i torneadas octavas, pero preferimos citar íntegros los lindísimos titulados *Paisaje*, de los que un pintor podría sacar una preciosa miniatura.

¡Qué hermoso paisaje!
¡Qué luces tan raras!
El cielo es cortina
De púrpura i grana;
I espejos inmensos
Do el sol se retrata
Parecen del Andes
Las cumbres nevadas.
Se pierde entre sombras
El manso Aconcagua;
Alfombra de juncos
Va hollando mi planta;
Las auras murmuran,
Los pájaros cantan
Señor, ¿qué es tu cielo
Si es esta mi patria?

Merecen tambien elojio las pocas traducciones que hai en el libro, entre las que mencionaremos *Los infelices*, hermosa i tierna creacion de Víctor Hugo; i seria injusto olvidar la preciosa leyenda *La fuente de la vida*, tan noble por su pensamiento como por su ejecucion.

Aquí ponemos fin a estas desaliñadas líneas, felicitando al autor i al amigo por el precioso tomo con que ha enriquecido nuestra literatura tan pobre en libros de este jénero.

Las poesías líricas de J. A. Soffia revelan que su autor merece con justicia el nombre de poeta. Sus cantos tienden a ennoblecer la humanidad, inspirándole elevados i dignos sentimientos. Su libro es un libro para la familia i asegura al poeta una fama envidiable.

ENRIQUE DEL SOLAR.

A LA MEMORIA DE LA INSIGNE POETISA

DOÑA MERCEDES MARIN DE SOLAR.

Sumido en hondo llanto
El pueblo se miraba,
I a encontrar la expresion de su quebranto
Confundido en su angustia no acertaba.
De luto el tricolor bendito i caro
Ocultaba su estrella, i la República
Su nave contemplaba
Sin piloto, sin norte i sin amparo

Portales no existia
Salvador o verdugo, héroe o tirano,
Ultimado la Patria lo veía
Por alevosa mano!
I cuando mas atónita
Callaba de pavor, oyó una fúnebre,
Sentida voz que al exhalar su pena
Consuelo bienhechor daba a la ajena!

¿De quién era ese arranque de ternura?
¿Quién podría pintar con tan sentidas
Expresiones de duelo la amargura
De las sinceras lágrimas vertidas
En lance tan cruël? ¡Era, señora,
Tu portentosa voz la que vibraba,
I en cítara sonora
Elejía tan bella preludiaba,
Que el pueblo, en su quebranto,
Su terror olvidaba
Por escuchar los ecos de tu canto!

¿Quién te inspiró esas notas sobrehumanas,
Cuyos gratos primores
Fueron la justa envidia del poeta?
¿Quién tanto te enseñó? . . . Preguntas vanas!
¿Quién enseña a cantar los ruisñores?
¿Quién le da su perfume a la violeta?

¡Inspirada del cielo

Naciste para dar con tus canciones
Paz a los aflijidos corazones,
Alas al bien i pábulo
A todo grande i jeneroso anhelo!

¿Quién pobró como tú que la poesía
No es la loca expresion de la lujuria,
Ni el grito de la orjía,
Ni la punzante sátira
Que sus dardos acera en el ridículo;
I que no son sus dignos sacerdotes
Los que en vez de virtud siembran escándalo,
I en criminoso cieno
Manchan, menguados, sus celestes dotes
Sin elevar tu espíritu
A la rejion excelsa de lo bueno?

¡Tú supiste mostrar que es la sublime,
Vital poesía el eco de lo justo,
Voz tremenda que al malo impone susto,
Destello de esperanza del que jime;
I probaste que solo es el oráculo
De sus misterios, quien en Dios espera
I sabe dar, con su bondad sin límites,
Honrado ejemplo de virtud sincera!

¡I por eso te admiro,
Cantora peregrina,
Digna sacerdotisa de esa Piéride,
No vaga i mitolójica,
Sino real i divina
Que nombramos Virtud! De tus bondades
Los detellos tus cánticos derraman;
Que de tu dulce númen
Las musas fueron esas tres deidades
Que Fé, Esperanza i Caridad se llaman!

¿Quién como tú ha cantado
La santa Relijion sublime i pura?
¿Quién el amor de madre ha ponderado
Con mas vehemencia i con mayor ternura?
¿I quién en nuestro suelo
Fué de cabal virtud mejor modelo?

Yo te escuché arrobado
En triste asilo de orfandad doliente,
¡Cuando aun mi orfandad no presentia!
Repetir aquel cántico inspirado

Por la divina Caridad. . . . Tu frente
Por Dios iluminada parecia;
I al ponderar con voz desgarradora
La escena de la madre moribunda,
Que al dejar sola i huérfana
A su hija tan pura i tan querida,
 En su afliccion profunda
Quisiera verla muerta i no perdida,
 Yo ví, yo ví, señora,
Una gota purísima de llanto
De tus ojos nacer. . . . i fué esa lágrima
La estrofa mas sublime de ese canto
Que nunca, nunca, olvidaré en mi vida!

Mas ¿qué idea elevada i jenerosa,
 Qué sentimiento puro,
 Qué aspiracion benéfica,
No encontraron en tí templo seguro?

Triste se abate la ciudad: la fosa
 Colmada de cadáveres,
Despojos de la guerra fratricida,
 A nuevas cuatro víctimas
Espera con horror. . . . En el patíbulo
Muertas caerán por la justicia humana
Que al hombre inmola i que de Dios se olvida! . . .

Para el perdon ensordecido el fuerte,
 La lei inexorable
Hará que ciego su furor consume
 El golpe inevitable!
Lo sabes, te horrorizas i a la muerte
 Arrancarle concibes
Esas útiles vidas! Afanosa
Vas de hogar en hogar i a tus hermanas,
Venerables matronas, apercibes
Del peligro fatal; con sobrehumanas
Razones las animas, de las horas
La carrera detienes i hasta el solio
Del poder llegas i clemencia imploras!

 ¿Qué tiranos, qué despotas,
Pudieran desoir tan tiernas súplicas?
Al calor de tus lágrimas sentidas
El hielo se ablandó, su adusta espada
Depuso la justicia, la clemencia
Dictó el perdon. . . . ¡i fuiste proclamada
Salvadora feliz de la inocencia!

¡Bendígate la mano Omnipotente
Por tan heróica accion Temple su lira
El justiciero porvenir: entone
Connigo el canto que tu nombre inspira,
I en áurea imájen tu radiosa frente
De verde olivo i de laurel corone!

¡Bien lo mereces tú que en dulce canto
Celebraste los nombres que hoi imprime
La justa historia en bronce duradero;
 Que de Colon sublime,
 De Las-Casas austero,
De amor i de virtud ministro santo,
 De Ercilla, digno Homero
De Arauco, i gloria de su ingrata España,
 Ensalzaste la gloria
I diste a cada accion i a cada hazaña
El aplauso inmortal de la victoria! . . .

¡Cómo entusiasta celebró tu canto
La grandeza de Washington el justo,
De Bolívar la injénita bravura,
Del noble O'Higgins la virtud sincera! . . .
¡I cómo viertes jeneroso llanto
Al recordar la ingrata desventura
 Que, con su ceño adusto,
Siempre miró a Rodriguez i a Carrera! . . .

Alto homenaje de afeccion sincera
Todo nombre virtuoso i bendecido
Supo arrancar magnífico a tu estro;
Por eso amable celebró tu labio
A Jertrúdis, la Safo americana,
A Vicuña, el pastor dulce i querido;
 I a Bello, el noble sabio,
Tu admirador, tu amigo i tu maestro!

Mas, yo veo esas *sombras luminosas*,
 Que el trono de los héroes
Ocupan con nobleza en el empíreo,
 Levantarse afanosas,
De blanco, azul i rojo entre las bellas
Blondas que un astro alumbra. De entre ellas
Destacarse contemplo una figura
Coronada del lauro de la gloria
Por las manos del bien i la justicia
¡Es el recto Marin, prez de la historia,
 Que ve que hácia la altura

Se levanta tu espíritu
I en los secretos del eden se inicia! . . .

A tu encuentro, radiantes, se presentan
Vera i Henriquez, que triunfales palmas
Felices te alzan en gloriosas manos,
I en la mansion dichosa de las almas
Te acojen con el júbilo
Con que a la hermana esperan los hermanos! . . .

A los piés de Teresa la inspirada
Digno lugar te muestran los querubes;
I, de laurel i palma coronada,
A recibir tu recompensa subes,
Mientras que al grato son de cuerdas de oro
Así repite el inspirado coro:

¡Salve, inmortal cantora
Del bien i las virtudes;
Del cielo los laúdes
Resuenen en tu honor;
Escúchelo tu patria,
I sepa que en el cielo
Premió tu noble anhelo
La mano del Creador!

¡Salve a tu nombre, salve,
Poetisa americana,
De la mujer cristiana
Tipo acabado i fiel;
Que de tu austera vida
Al cielo hiciste ofrenda,
Dejando toda senda
De flores i de miel!

Ya que en el cielo moras
A Dios pide afanosa
Para tu patria hermosa
El iris de la union;
I Dios oirá tu ruego
Piadoso i complacido,
¡Pues nunca ha desoido
Del justo la oracion! . . .

J. A. SOFFIA.

JORNADAS DE RETORNO

ESCRITAS POR UN APARECIDO.

(Continuacion.)

V.

No por ser mezquino asunto el acto vengativo de un borrico, tengo por discreto presentarle desnudo; ántes bien, para el momento en que se cumpla, lo dispondré de propósito por trámites, allegándole aquellos armónicos incidentes con que a falta del auxilio de telones, burros embalsamados i otras artes teatrales, de que dispone el escritor dramático, sazona sus escritos el simple narrador biógrafo.

El solitario lector acepta ser guiado por las ocultas vias que procede la Justicia Eterna, hasta que llega advertido al lugar donde se cumple la sentencia.

Solemos, sin embargo, acariciar con exceso los recuerdos de la infancia: parécenos que a todos interesa lo que amamos, i amamos niñerías; cada cual las suyas i nadie las ajenas. Acostumbramos imponer a los demas nuestro yo histórico; el *yo* de cada uno, con olvido del jeneroso *nosotros*; i de aquí el que ese *yo satánico* de que habló Donoso, prepondere sobre el *nosotros* que nos enseñaron los Apóstoles.

Contra semejantes abusos, hijos naturales del amor propio, nunca se enmienda por entero quien escribe recuerdos; mas el que lee, los limita a su antojo, con apartar la vista i doblar la hoja.

Como iba diciendo, el portal es grande e incorrecto, a la manera de los que tragan i vomitan frailes; i a diferencia del portillo de la huerta se halla franco a todas horas del dia.

Entrase en él; i el forastero no deja de sentir respeto hácia los moradores del solemne edificio; mas sigue andando i necesariamente va a parar a la cocina.

En ésta parece que se guisa para el convite de las bodas de Camacho; i una vez dentro, saludan, siguen i rodean al recién llegado, diez, quince, veinte o mas perros de caza, galgos, perdigueros i podencos; los unos que buscan pasar mas allá i los otros que buscan salir para acá; todos reverenciando con la cola al huésped, en señal de bienvenida, al paso que le siguen desconfiados, i repartiendo sus miradas, entre el lugar en que se ve col-

gado un látigo de un clavo i los sitios en donde hierven las marmitas i las ollas; las unas a borbotones, pendientes sobre ancha hoguera, i las otras que en larga hilada reposadas están sobre fogones.

Justo es que diga cómo pasado el portal, a la mano izquierda hai una puerta, que excusando el tránsito por la cocina conduce a la antesala; mas eso lo sabemos solo los que hemos asistido a la fiesta mayor del pueblo, porque se franquea nada mas que en aquellos tres continuados i joviales dias del año, i no por etiqueta segun creo, i sí para que el cúmulo de jentes convidadas no entorpezca a las dos cocineras i a sus correspondientes mozas auxiliares que, en soplar, fregar, mondar, deshollar, desplumar, gritar i sacudir latigazos a los perros, rivalizan.

Que la cocina es buena pieza, se comprende con solo haber dicho que en su espacio sortean su buena o mala fortuna los perros a docenas; ahora, que sea un espejo, no habria sutil embustero que se atreviera a sustentar la prueba. Si en ella corre el baldeo, si se arrastra sin cesar la escoba i cruje el látigo, tambien se orinan los perros i se rascan las pulgas; i ahullan, saltan, se tropiezan, atropellan i vuelcan cuanto topan por delante, los que al llevarse el pollo pagaron el pato.

La cocina son tres cocinas; se entra por la del centro, en la que se guisan los principios, i en ella está la mesa de los criados siempre puesta; i larga a modo de mesa de bodegon, salvo que tiene la tradicional cuchilla de dos mangos atada a una cadena (*la ganiveta*) i que ostenta en medio un pan moreno, del tamaño de una rueda de molino, junto al erguido porron de vino que mide muchos cuartillos. Cuantos quieren cortan del pan infinito: cuantos quieren beben del vino inagotable.

“I empalmando los milagros
Desde Moises a Cristo,
Tragan las cebollas crudas
Como si chupasen nísperos. . .
Con un pan comen cien hombres
I beben el vino al hilo.”

Solamente a los industriosos catalanes pudo ocurrir el medio económico de hilar el vino. Hombre de éstos hai tan pacienczudo en apagar la sed, que un buen navarro (por ejemplo) al contemplarle con el porron empinado a dos palmos de los labios, creeria que mide con los ojos las horas en un reloj de arena, i léjos de eso, lo que hace el catalan es beber hilo a hilo, descuidado del tiempo.

Esta cocina es la Jauja i el purgatorio de los perros. En la segunda se asan las carnes i hierven las marmitas, de donde sale la sopa i el cocido para los amos i la servidumbre: llámase la cocina *dels ascons*. En la tercera se guisa para los cerdos, se hace

la colada, i es al propio tiempo locutorio de los criados i criadas.

Del departamento *dels ascons* (escaños) contar pudiera deliciosísimas veladas i santas prácticas de familia.

Si la mayor parte de las habitaciones principales de la casa solo tienen ventanas, en cambio, la cocina de la mesa de criados ostenta ancho balcon, de aquellos que dije dan salida a la azotea; mas no hai que asomarse a él para ver algo bueno: dicho balcon, sin antepecho, como todos los otros, sirve a las fregatrices, de paso para el *agua va*, que abajo aguardan i reciben cerdos, perros i gallinas, siempre alertas a lo que cae, i que nunca reparan, segun el precepto de Martinez de la Rosa: *Paz, órden i justicia.*

.....
.....
.....
De aquí se pasa a la sala.

No la he visto mas espaciosa en casa particular. Es casi augusta i casi es granero; se acerca al cuadrado; no recuerdo los pasos que mide a lo largo i a lo ancho, i sí que a lo alto mide dos alturas. Tiene dos balcones i seis puertas colaterales; sus paredes están pintadas al temple sin ningun dibujo, no las decora un cuadro ni las adornan espejos, ni de sus huecos penden cortinajes, i solo allí, en el fondo, vése arrimado un reloj, cuya caja en la forma parece ataúd de mómia ejipticia, i por el tamaño pudiera encerrar el cadáver del héroe Perseo.

No es, sin embargo, tan jigantesco este reloj que toque al techo; fáltanle para ello lo ménos las tres varas que al pajar le sobran por encima de caballete del tejado ... i aquí me acuden dos observaciones que dejaré en vilo como creo que lo está la sala.

Primera: ¿De dónde le vino a mi abuelo i a su albañilla idea de fabricar en un desierto una casa en que hubiera tal sala, que su elevacion, rompiendo por las demas piezas asentadas a su nivel, se creciera el doble? ¿De dónde les vino la inspiracion arrogante de fabricar una sala que tuviera la altura de dos pisos?

Esto en las cortes, centros de la civilizacion, de la riqueza i el lujo, se ve hoi en algunos palacios, cuyos salones de baile piden ámbito para el desarrollo de las armonías musicales, espacio para la versatilidad de las parejas danzantes, atmósfera para el jiro de las damas lanzadas al vuelo en alas de encaje i seda, oxígeno para sus senos palpitantes ajitados por el amor i el cansancio; espacio, ámbito, desarrollo, atmósfera, oxígeno para los plélagos de luz, para los oleajes de amor, para los raudales de armonía, para el lago de ondinas despiertas, para la mar de intrigas, para el golfo de perlas; i horizontes, en fin, para el descuello de plumas i pinjantes. ¿Pero en mi casa paterna i para mi abuelo i su honesta consorte? ¡Loado sea Dios Todopoderoso, que mostró el iman a un pastor e inspiró a mi abuelo tamaña grandeza! ¡Oh, i cuán sin estorbo pasearian por aquella amplitud el varon bí-

blico i la hembra homérica! él con su cayado i ella con su rueca. . . reclamo para mi abuelo el privilegio de invencion, i paso a la segunda de mis observaciones que será mas breve.

Conforme la cocina remata en sólida i elegante bóveda, el techo del salon no es sólida techumbre sino plano falaz, que mirado de abajo arriba engaña; i en cuanto a pisar encima no hai que fiarse. Es todo él una lona embustera que pinta en artesonado cada artesón mas grande que una artesa; i cada artesa se rezuma cuando los ratones en ella hacen sus precisas aguas. Se mejante velámen bien comprendió mi abuelo que se caería de su peso a no soportarle un palo trinquete; i al efecto lo tiene en medio, asomando a lo largo; i tan robusto, que no parece sino palo mayor de navío acostado.

Digo lo que parece: ahora mi duda pende en si a mi abuelo la idea le llegó de la mar o le vino de la tienda pastoril, pues de ámbos orígenes acusa tener algo; i va la prueba. Como al techo de la sala llaman *cielo raso* i asemeja ser despojo de navío dado al traste, pudiera simbolizar *pos nubila febus*, i como mi abuelo fué patriarca trasconejado, pudiera tambien habersele ocurrido imitar a Jacob, estableciéndose en Mesopotámia o en la tierra de Jesén.

Allí estará el techo como le dejé (en vilo), yo le recuerdo como es. No me inclino a pensar que mi abuelo se inspirase en el Antiguo Testamento, porque entre sus pocos libros jamas ví una Biblia; i así lo único que saco en claro es que, si toda la casa es híbrida como un mulo, esta su parte principal es mas monstruosa que el todo, porque tiene de granero i de salon, de tienda pastoril i de barco encallado.

Se concibe que una pieza elíptica, cuya descripcion he borrado, fuese destinada para comedor ántes que mi abuelo contara con ser padre de las doce tribus, pero ahora está desechada para tal objeto; i en mitad de la sala está perpétuamente plantada la mesa en que se come, la cual se encoje i se estira, se acorta i se alarga, sin menguar nunca de treinta cubiertos; i ya dicho esto, todo lo demas que allí hai son sillas i mas sillas, las que maldita la comodidad que ofrecen, siendo de tiempos anteriores al uso de la butaca, tiempos en que no se habia aceptado, por la cortesía, ese término medio entre el hombre tendido i el hombre sentado, que ahora se llama estar reclinado.

De las seis puertas colaterales, dos de ellas libran paso a dos escaleras, i ámbas sirven para la comunicacion con la planta alta, que bien pudiera llamarse de los *tálamos*, por no haber en dicho piso superior mas que dormitorios, los que son en tanto número, como se dirá luego al hablar de la familia. De otra puerta se ha dicho ser la que media con la pieza elíptica, i ya solo quedan tres, que son las que deslindan tres épocas, tres jeneraciones i tres jurisdicciones autoritarias. Entrase por una a las que fueron estancias de los padres de mi padre, i se ven mobladas como

el día en que cubrieron a los jóvenes desposados: la cama es de madera torneada, está iluminada con vivísimos colores, mide el tamaño de dos alcobas regulares, i es tal la en que se halla, que con ser cama ciclópea, le sobra espacio por tres lados. En la cabecera tiene pintado un santo que no recuerdo cuál sea, porque allí casi todas las camas tienen el suyo. Los demás muebles son modestos, exceptuando la cómoda que es de lujo relativo, pues en Cataluña es de precepto el que la cómoda forme parte ostensible del dote de la novia.

Por una de las dos puertas restantes éntrase a la vivienda del *hereu gran* (el mayorazgo mayor) en todo semejante al departamento anterior, i la última abre paso a la del *hereu jova* (joven) i de su esposa. Estas son las tres jurisdicciones autonómicas por efecto de la organización de la familia en Cataluña. El resto de las viviendas son de hospitalidad graciosa para los desheredados de la misma sangre i para los amigos.

Pero atendamos al influjo que ejerce siempre toda idea nueva en las costumbres mas arraigadas; aun en aquellas fracciones de la sociedad que mas parece que la huyen, a fin de repararse del contagio.

Al entrar en las estancias del mayorazgo joven, se pisa en suelo de mosaico; se ven los muros rematando en bóveda elegante con caprichosas lámparas suspendidas i perfiladas escocias que las bóvedas ciñen. Abundan las lujosas colgaduras, las chimeneas francesas, los relojes, jarrones, espejos, muebles de caoba i de palo de rosa, sofás para la molicie i mesas de juego, etc.

Era yo muchacho cuando ví durante muchos meses a dos artistas italianos ocupados en dar forma a aquella mansion de deleite que contrasta con la de mi abuelo, como el luciente clavo romano desdice de la mohosa alcayata.

De aquí puede deducirse el cambio operado en las costumbres de aquella familia tan alejada de los centros sociales. Hai, sin embargo, que hacer justicia a la veneración religiosa. Al propio tiempo que el moderno lujo comenzara a invadir la doméstica veneranda modestia, restaurábase el oratorio. La casa del viejo Dios se decoró a la moda con relumbrantes fruslerías de la industria *católico-francesa*, que lo que menos traen a la memoria son las catacumbas, i que lo que mas alejan del ánimo es la ceniza

De buena gana seguiria yo diseñando la casa del padre de mi padre, si el justo temor que tengo de haber ya hecho pesada la lectura no me sujetase.

Paréceme que discurro por sus diáfanos ámbitos, que presencio las francas escenas de la vida privada, en aquel aislamiento donde el mundo era la casa i la casa era un mundo; despiértanse-me los oídos i figúraseme que escucho la voz de los que ya no existen ¡voz sin reserva, voz tan distante del susurro de sospechas que ahora realmente me rodea oh joven alma mia!

Si pues morir es renacer en la otra vida ¡cuán hermosa es la idea segura que tenemos de la muerte! . . . En el fatal camino de la vida nos atemora el encuentro del dolor para morir; repugnamos la agonía, pero la muerte nó.

Nuestro amor es inocencia, es niñez; nuestra niñez necesariamente es en el primer hogar. Al amor niño, amamantado en el hogar, llamamos con propiedad amor de patria. Luego a distancia, ya desterrados, i que con los recuerdos de la infancia embellecemos objetivamente el hogar nativo, i que con la nocion histórica, con la ambicion i con el orgullo de hombres salvamos el ejido natal a semejanza de fieras movidas por el hambre, aflojamos los vínculos de la familia, ensanchamos los horizontes de la aspiracion social i apellidamos patria a la nacion jeográfica, a la nacion histórica, a la nacion política. Pero la *patria* solo es el hogar de la familia, allí donde fueron la risa del alma, la cuna de caricias, el sueño i los ensueños de la inocencia.

Aquellas felices mujeres, de que tengo hablado, creian que fuera del radio visual de *Puig-Alegre* no quedaba ya mundo; i allá en el fondo de su alma sijilosa mas ama el mísero expósito su misérrimo asilo, que el mayor conquistador de la tierra ama de veras el mas extenso i elojiado imperio.

A cuantos vacilen en si es o no paradoja esta opinion mia, les pido que hagan memoria i marchen de espalda sobre los trazos de su vida, andada hasta replegarse en la infancia; i si entónces no sienten el calor matoroso de su nido de creaturas i no le reconocen paja por paja, si no saborean en sus labios el beso de la madre, si no experimentan la influencia de un cielo i de un suelo que los atrae, los compadezco i les concederé que son ciudadanos de todas las partes del mundo, hombres sin patria ni familia propia, *judíos errantes* que vinieron sin saber ellos de dónde, i que van sin descanso a donde nunca llegan; jentes que no tienen suelo ni techo amigo i que hallan i traspasan en su idea incesante fronteras movibles hasta tropezar, caer i hundirse en fosa ignorada, donde nadie vierte una lágrima, ni exhala un jemido, ni reza una oracion, ni erije una cruz, ni suspende siquiera una flor memorativa.

¿Qué es Italia para los hijos de Niza? Estos fueron italianos i ya no lo son; los vendieron los estadistas miéntras ellos dormian al son del canto de sus poetas. Pero sus dioses nativos, sus laureles, mas propicios que sus reyes, no los abandonan en su hogar, ni ellos los trocarian por la bandera de ninguna nueva patria artificial histórica.

No parece sino que el tétrico i sublime cantor de la Italia grande, convencional, futura, se inspiraba, apesar suyo, en los recuerdos de la infancia, i que localizaba esa patria política tan decantada en la sencilla cuna cuando dijo:

“ . . . *E non puó dir morendo:
Alma terra natia,
La vita che mi desti ecco ti rendo.*”

¡Santa tierra natal!

Damos en nuestro secreto íntimo, a la patria comun, a la patria de todos, lugar secundario al del suelo en que nacimos uno a uno.

La nacionalidad, si bien abarca mayor concepto, se asienta mas en el cerebro que se mece en el corazon. A la idea nacion la halaga la historia, la enardece el orgullo, la enriquece i decora el entusiasmo, i el recuerdo del asilo nativo lo templá la lumbre del hogar, lo asea la madre, lo ennoblece el padre, lo defiende la virtud, lo alegra un sol peculiar, lo embellece una luna suya, lo proveen los frutos sazonados por la tierra amiga, lo pueblan los hermanos, la paz lo bendice.

Mas como el hombre nace i siente, crece i pisa, vive i muere, necesariamente social, el afecto i el juicio patrios adquieren sus grados progresivos en nuestro corazon; i éstos se desarrollan por el órden siguiente: la familia, el pueblo, la provincia, la nacion, la humanidad, o sean, lo conjénito, lo histórico, lo convencional i lo semejante; que equivale a decir la sangre, la relacion, lo convenido i la especie.

Pero como el segundo grado ya se produce de la nocion por el método, hémos que de aquí surge luego para complemento del grado último aquel ideal jeneroso, republicano, que prescindiendo de la flaqueza inseparable del hombre, abarca la aspiracion universal, llamada *Idea Humana*, la cual es volar libres desde el nido de la familia propia al seno libérrimo de la especie entera, sin tropezar en fronteras que estuvieron, están i estarán defendidas por el hombre contra el hombre. . . . ¡El hombre contra el hombre! Ved cómo sentidamente no hai mas que una patria propia, si bien luego para la locucion ordenada son: la patria histórica, la política i la universal.

Nuestra especie en su marcha hácia la perfeccion que anhela en vano, va marcando jornadas. Nace en la tribu, forma la ciudad, se extiende a la provincia, se dilata a la nacion i se dirige al ideal sin término de la fraternidad universal. Aquí se agolpa en torno de la cruz del Calvario desde donde cada sér vuelve los ojos al Salvador del mundo; i si le ruega por todos, aun aquí, es siempre con la esperanza individual de encontrarse en la eternidad de los tiempos unido para siempre a la familia propia.

Hoi llamamos ciudadanía a la disciplina con que nos sumamos a la nacion, que es la patria fuerte i legal; porque la nacionalidad i su fuero son la *guarda segura* del suelo nativo, que es la patria propia. ¿Qué importa que por necesidad o por soberbia no moremos bajo el techo primitivo? Le amamos a distancia como el expósito ama su asilo, porque nos amamos en él desde la primera sensacion del *yo soi, yo pienso, yo sé* en la vida de relacion.

Siga plajiándose en buen hora el *cives romanus sum*, pero busquémonos dentro de nosotros mismos, para encontrar la especie entera,

Yo de mí sé decir que con ser ancho i tempestuoso el golfo de de mi vida, habiendo hallado en él placeres deleitables, escollos inclementes, puertos de refugio i emporios de grandeza, no quisiera terminar la carrera de mis dias sin ántes llegarme a la casa de mis mayores, contemplarla desierta, galvanizar sus muertos, que con la fuerza de mi voluntad los veria levantarse a saludarme: correr, recorrer, abrazar lo inerte, besar lo inanimado: entrar en la sala i allí en la oncena baldosa tocar con el dedo la huella de una pata de perro que hai estampada.

—¿I por qué la pata del perro?—me preguntareis acaso.

Os lo diré. Aparte las hermanas i los hermanos mayores éramos en aquel aislamiento cuatro hermanos i cuatro primos que, por razon de edad aproximada, jugábamos siempre juntos los mismos juegos. Uno de estos juegos i acaso el mas socorrido para nosotros, era el de las bolas impulsadas a golpe de pulgar sobre el pavimento de la sala.

La huella que allí está es de pié de mastin i marca cuatro hoyos: el que imprimió la planta i los tres de los dedos delanteros.

Jugábamos con frecuencia en esta sala, i cuando nuestra bola respectiva paraba, expuesta a recibir un golpe de la contraria, teníamos establecido el derecho de apelacion i la forma del recurso, consistentes en suspender la accion del contrario hasta picar por segunda vez nuestra bola, de suerte que ésta fuese a caer dentro del hueco de la pata del perro, i allí cobraba inmunidad. Pero si la bola no llegaba, o si rebasaba la pata, el apelante perdía doble de lo que expusiera, aguardando su suerte.

De aquellos ocho niños solo yo vivo.

Nos habiamos repartido entre la iglesia, las armas i las letras: los arrebataron las enfermedades, las balas i el puñal del asesino.

.....
¿Qué es la vida? Era yo el de complexion ménos robusta. He sufrido las enfermedades mas graves, he soportado trabajos crue-
lísimos, he atravesado por combates repetidos, donde la muerte paró miles i miles de hombres: he afrontado las sublevaciones militares, los tumultos populares i los pérfidos amaños de la política; me han acometido asesinos, me han asaltado los verdaderos pesares, me hirió la calumnia, la suspicacia me arrojó al destierro, la traicion me puso en capilla i he librado; al paso que mis compañeros de la infancia ya no son

Si azarosa es la vida, azar es la muerte.

Entre dos casos fortuitos (nacer i morir) que forman el tiempo del individuo, median el dolor cierto, la traicion segura i los desengaños tardíos.

Cada alma al nacer trae una divina lira, i esa es la esperanza.

La esperanza forma el poema de cada creatura.

Sin embargo, su primer acento va envuelto en una lágrima, su último canto es la agonía, i a la hoja final suelta un suspiro mas allá es la quietud: despues el saber.



Si la revelacion pide la fé, i si la fé no se coje sino que nos coje, ¡oh, consuelo! el alma humana revela la fé, porque solo el hombre entre todos los otros séres que viven i fenecen es el que siente la curiosidad hácia lo alto.

La curiosidad se manifiesta en nosotros, como si fuera (porque acaso es) el *instinto de la razon* induciendo la fé, i así se explica que con ella vayamos por la duda a la especulacion, i por la especulacion a las ciencias en incesante camino de la ciencia.

La fé reposa donde la razon no alcanza; pero la curiosidad aspira i su aspiracion es infinita hácia lo infinito, por ser ella la precursora de la eternidad.

El ideal del alma es la eternidad que presiente, i por eso su última palabra es relijion, su amor postrero i sin término.... Dios.

Para ser relijioso basta sentirse pequeño ante la creacion i reconocerse creado. ¿Para qué fin? Aquí responden la curiosidad con la esperanza.

Erase un hombre rústico i bueno, que sin haber aprendido a alabar ni a temer a Dios, segun se nos enseña, amaba a Dios.

Este hombre salia diariamente de su casa e iba al templo *de visita* a Dios.

Allí, frente al altar, sentábase i decia: "Señor, aquí está Juan."

Pasábansele las horas en silencio, i al levantarse decia: "Señor, hasta mañana."

Así yo tambien, en la solemnidad espléndida de las noches, elevo mis ojos al firmamento, mi corazon a Dios, i digo: "Señor, aquí está tu creatura."

Hé aquí que aquel hombre rústico i honrado, sintiéndose enfermo, pidió que le llevaran al templo, i una vez puesto al pié del altar, dijo: "Señor, aquí está Juan," i espiró.

Tambien yo en mis últimos instantes quisiera ver esa bóveda sin término de los cielos, salpicada de innumerables mundos.... ¡Ara de Dios en presencia, poder i majestad!.... i pronunciar muriendo: "¡Señor, aquí está tu creatura!"

VI.

Por lo indicado en el antecedente capítulo se infiere que en Cataluña cada *hereu* de cada casa es un príncipe de Astúrias, i que al efecto disfruta honores aparte del resto de sus hermanos.

Todos los parientes le son cortesanos i esperan con temor o confiados su exaltacion al trono.

Murió mi anciano abuelo, i un mi viejo tio, de cuyo nombre ni aun quisiera acordarme, deponiendo desde aquel momento el título de *hereu*, empuñó el cetro de la familia.

De este señor diré solo que fué enemigo de los muchachos i

temeroso de los perros rabiosos. Desde que se levantaba hasta que volvía a acostarse no se desprendía de su duro cetro autocrático, i era el cetro un garrote de toma i daca, instrumento infernal o arma regalada por las furias, el cual tenía un garabato por mango, con que a lo mejor de nuestras travesuras nos enganchaba por una pierna, i por remate un acerado pincho, con el que a medida de su susto ensartaba a todo perro sospechoso.

Pero finó al poco tiempo mi tío i vino al puesto un primo hermano mio; hombre de corazón nobilísimo, que fué amigo, que era admirador i había sido compañero de riesgos del jeneral Alvarez durante el sitio de Jerona, en calidad de individuo de la junta patriótica de aquella provincia.

En el gobierno de este heredero es donde se marca el apojeo de la familia i se ve el pleno de las costumbres ejemplares en mitad de un período de transición.

Dejad que aun me solace en los recuerdos; recordar es retrotraer la vida; los recuerdos son la vida del pasado, como la esperanza es la del futuro; i así dividido el tiempo, por una parte anhelamos i por otra a nuestro parecer,

“Cualquiera tiempo pasado
fué mejor.”

I si no, ved por qué influencia, al retoñar la memoria de mi infancia, acúdenme a los labios versos de una tiernísima elejía. Consiste en que nuestro presente siempre se despide; ¿comprendéis mayor tristeza? Pues estamos diciendo sin cesar adios a los juegos, adios a los padres, adios al amor, adios a los hijos, adios a unos dolores empujados por otros; ¡adios! ¡adios! a la amistad, a las sensaciones i a la vida

La vejez es misántropa hasta que acaba en la muerte; i solo goza cuando tácita, retraída i recelosa, llora hiel en el lacrimatorio que guarda el llanto diáfano, limpio i purísimo de la niñez, junto con las lágrimas hirvientes de la juventud. Entónces el hombre de la vejez destila de sus ojos humor de melancolía al recuerdo de las dos edades que le huyeron deslizadas, bajo las plantas, de entre las manos, del cerebro; i del corazón que tuvo toda la parte de vida escasa que queda al anciano para llorar la despedida está en la memoria

Larga era la prole que a mi primo don Ignacio habían legado sus colaterales i sus mayores.

Allí había viejos, jóvenes i niños; sacerdotes sin convento, soldados sin filas i solteras desesperanzadas de enlace; i bajo aquella blanda autoridad la paz era el vínculo, la abundancia la alegría, los placeres las romerías i la caza. La mesa era un festín diario, el rosario un templo i la noche un santo i largo reposo. A él, nieto de mi abuelo, hijo de mi tío, sobrino de mi padre, hermano de varios segundones i padre de muchos hijos; tíos, herma-

nos, sobrinos, primos e hijos, amparados bajo un techo secular honesto i favorecido por las cosechas, obedecíamos todo con pronta voluntad.

Llenábamos la casa, no tanto por el número, con ser crecido, cuanto por la exuberancia de vida i de contento; i sin embargo, tal era la fuerza del hábito, que apesar de contarse entre nosotros un abad, un monje i un venerable prior de nuestra propia sangre, siempre se mantuvo el capellan dotado i siguió el trueque i trastrueque de un fraile por otro.

Mas esto de los frailes de relevo requiere aclaracion i la daré mui breve.

En el piso segundo, que llamé de los *tálamos*, habia un cuarto apartado, modesto i pequeño, que no encerraba ni le cabia mas que un crucifijo, una cama, dos sillas, una percha, un par de alforjas i un fraile.

Al paso que el cuarto, el Cristo, la cama, las sillas, la percha i las alforjas se llamaban del fraile, el fraile no tenia nombre propio; siendo así que no era siempre el mismo fraile. Al que estaba acomodado en casa, de fijo le venia otro empujando por la zaga; i como si se olieran el rastro el fraile al fraile, i cual si no cupiesen juntos, relevábanse en el acto, i tan sin tiempo para despedirse de los huéspedes, que solo el uno al otro, al rozarse encontrados en la puerta foránea, se decian: “Venga con Dios, hermano.” — “Vaya con Dios, hermano.”

Nosotros a las horas de comer nos hallábamos con un fraile que era otro; i si le dirijiamos la palabra, lo haciamos como si se tratara con el que se fué; miéntras que el fraile reciente, por su parte, terciaba en la conversacion como si él fuera el que estuvo.

Tan inmutable eran las costumbres i tan de atras les venia a estos medicantes el conocerlas.

En suma, como los ingleses tienen en España su Gibraltar, por donde se nos meten i se nos salen sin decir *hoste ni moste*, tenían muchos frailes una sola celda para todos, en la casa del padre de mi padre, i de ella se repartian el disfrute como pan bendito.

Cierta mañana observamos los muchachos que apénas llegado uno de estos religiosos, en vez de pasar a su cuarto a reposarse, fué derecho a la estancia de mi tio el prior, i llamando a la puerta, entróse i conversaron.

A poco rato salia mi tio con aspecto severo, en busca de mi primo, el jefe de la casa; acompañábale el fraile; le hallaron i trataron juntos con reserva.

En los momentos a que me refiero, sentíanse por todas partes los efectos de aquella libertad medio infantil, medio calaveresca de 1820. Libertad que no era mas que en el nombre la reivindicacion de la conquistada en 1812, inspirada en la gloria de la independencia nacional, i dictada, mitad por varones romanos, mitad por padres de los antiguos concilios. Libertad consagrada en

el altar de la patria redimida por esfuerzo de héroes sin cuento, a fuerza de mártires sin número.

El eco del trágala i el viva Riego sonaba por do quiera a todas horas, como si la nacion fuese un teatro siempre en escena abierta para los coros, i como si Riego, en lugar de ser considerado a semejanza a uno de los Brutos, fuese el corifeo.

En verdad que si los severos repúblicos de las cortes de Cádiz imprimieron al código fundamental su carácter noble a la par que sencillo, los vengadores de la Carraca lo revistieron de indisciplina, i así aquel pueblo santificado ántes por el bautismo de sangre jenerosa i el lazo de fraternidad del código de 1812, parecia en 1820 una lejion militar que, rompiendo los lazos de la ordenanza, se entrega a las peligrosas alegrías del desórdén.

Sorprendidos entónces los hombres graves, se contrajeron al silencio, i los jóvenes i los niños, rotas las válvulas de la educacion supersticiosa que les impusiera una restauracion inícua, cantaron en sustitucion de las letanías la libertad política, la licencia social i el *trágala perro*.

Creo que bien puede aventurarse la opinion que tengo formada de aquellos tiempos en que comenzaba a juzgar; i digo que el rei Fernando VII i el autor del trágala asumen en la historia llamada de los diez años la culpa de la mayor parte de nuestra jeneral desventura.

Ingrato el uno i desmedido el otro, ámbos a su turno tramaron sorpresas, irritaron la sangre de hermanos contra hermanos, enjendraron sospechas, forjaron grillos, levantaron cadalsos, aguzaron puñales, abieron paso a la emigracion, a los destierros, a los presidios i a la invasion extranjera, hasta que mísero i cansado el pueblo, hizo del suelo patrio lecho de pobreza, i se postró sin aliento para el trabajo i sin ambicion para la gloria; se acostó postrado sobre las ruinas de Jerona i Zaragoza, rendido sobre los campos de Bailén i de Victoria.

¡Oh! cuando hoi se moteja por extraños a la nacion que asombró a tantas otras, i no se descende a razonar las causas que disculpan la jeneracion en cuyo tiempo bajó la España del pedestal de su antigua gloria, veo aun despierta la memoria rencorosa i exclamo: ¡Patria histórica, te temen todavía! . . . ¡te ven en Asia, en Grecia, en Africa, en Lepanto, en Flandes, en Holanda, en Italia! ¡En Roma misma, católica España!

¡Te ven medir los mares jamas surcados, nacion aventurera! i te miran levantarte, partir i llegar a donde comienza un mundo ignorado; abrir sus puertas de oro, quemar allí tus naves; penetrar por soledades jigantes a traves de horizontes espléndidos e infinitos, hasta encontrar razas nunca vistas; luchar i someterlas, cruel o jenerosamente, ¡pero siempre grande! hasta que el hemisferio antiguo, siguiendo la estela de tus carabelas, recibió de tus manos el otro hemisferio i completó la tierra.

Si a tí que fuiste la nacion de un siglo, ahora que es el siglo

de las naciones todas te ofenden, es porque te temen todavía, pues ellas no ignoran que si tus ídolos mortales te sacrificaron mientras que derribados los dioses vencias los héroes i aprisionabas reyes extranjeros, hoy que tus antiguos ídolos no son, te queda la experiencia para lo futuro; i siguen siendo tus cerros para tu altiva independencia, los mares para tus conquistas, tus valles para el arado, tu hogar para la familia: i que aun en nuestra adversidad se escucha aquel magnánimo *no importa*, que presaja el impetuoso *¡a ellos!* el intrépido *¡aurrerá!* i el fiero *¡desperta ferro!* ¡Oh, patria histórica! saben los extraños que la savia de tu raza circula todavía; i que sobre las tumbas de tus reyes monacales, de entre las frias cenizas de la muerta inquisicion, retoñarán los laureles de tus glorias!

Iba diciendo que salió mi tío de su cuarto afectado cual si hubiese recibido una impresion fuerte, con motivo de alguna mala nueva i que para resolver sobre ella tuviese necesidad de comunicarla i consultarle al jefe de la familia.

Así fué en efecto, pues al poco rato cundió la novedad; i todos besábamos en señal de triste despedida la mano del prior, a tiempo que el varon piadoso montó en su mula, para ir de vuelta camino de su convento.

Quedó a la puerta de la casa un grupo formado por las mujeres i los niños. Sobre nosotros derramó el anciano su bendicion al emprender la marcha, siguiéronle a pié los hombres graves, deudos i familiares, hasta el límite establecido por la costumbre para las separaciones, en aquella direccion.

Volvian mis parientes de su cortejo en grupos parciales cuando a mi primo el jefe, que con sus hermanos los monjes departia, oí decir estas misteriosas palabras "*axxó no pot se mes; i farà bo que torni tot com l'any catorsa.*"

Pocas horas despues nos vino aviso de que el prior habia sido preso al llegar a Peralada i conducido bajo escolta hácia Jerona.

Desde entónces se difundió por la familia un rumor confuso, nunca usado, i se propagó cierta actividad sombría.

No tardó en aclararse aquel enigma, i el resultado fué que mi primo el *hereu* reclutó de entre sus criados i colonos número bastante de hombres para una compañía militar; i armados de su cuenta los lanzó a una de las dos facciones realistas a la sazón nacies en aquellas comarcas.

Jefes respectivos de estas dos facciones eran Misas i Mosen Anton; un bandolero i un clérigo, audaz el primero i astuto el segundo, i la mesnada salida de la casa optó por incorporarse a los ménos disciplinados i mas atrevidos. De ellos era el derecho de *servir a Dios i al rei* donde mejor les pareciera; i allá se fueron con su capitan i su corneta, que son los dos personajes que mas se destacan siempre de la fila i que en esta narracion vienen solo a cuento. Si bien (con perdon del capitan don Estéban) el corneta es quien me ha puesto la pluma en la mano, con todo i no ser

tampoco el corneta Saturní el protagonista de esta historia; que aquí el héroe efectivo es un burrillo tordo que tenia por nombre *Bunilk*, apelativo apropiado equivalente a *bonito*, i lo era en verdad, como lo fué Neron, virtud que nadie ha negado al César, porque era propiedad del César, i a cada uno dése lo que es suyo.

ANTONIO ROS DE OLANO.

(Continuará.)

NOCTURNO.

(A JULIA.)

I.

En lo mas hondo del valle
Duerme en paz una laguna
I en la orillita hai un sauce
Que eternamente saluda.
No sé por qué un pensamiento
A mi pesar viene, Julia:
La lagunita i el sauce
Tú i otro se me figuran.
Entre las ondas i el árbol
Hai una historia sin duda,
Misteriosa leyenda
Para los hombres oculta.
Por eso el sauce pomposo
Eternamente saluda,
Las claras ondas por eso
Eternamente murmuran.

II.

Es jóven i ya parece
Que los pesares le abruman;
Melancólico es su aspecto,
Toda frente su figura,
I desde tiempos remotos,
Que a la memoria se ocultan,
Dicen en lo hondo del valle
Que no miró al cielo nunca.
Azules sueños durmiendo,
Si por su aspecto la juzgan,
La lagunita parece
Modesta, sencilla i pura:
Lo que en su pecho ella esconda
Eso lo sabes tú, Julia.
Pobladas de blancos cisnes
Enamorados la buscan,
I mil nadadoras garzas
El agua en la orilla gustan.
A los ardores de estío
Su seno abre la laguna
Para que en la onda traidora
Un cisne real se zambulla;
I le retiene en sus brazos,
I le acaricia las plumas
De sus magníficas alas,
De su garganta desnuda.
Pero ¡ai! en torno del árbol
Una atmósfera de angustia
Aleja de su follaje
Hasta las aves nocturnas!
Por eso el sauce pomposo
Eternamente saluda,
Las claras ondas por eso
Eternamente murmuran.

III.

Cuando en la tarde solemne
Al valle apenas alumbran
Las mas elevadas crestas
De las montañas sañudas,
I el ave i la flor i el agua
Sobrecojidas i mudas

De algun arcánjel viajero
La triste Oracion escuchan,
Entónces, cuando las almas
Su propia conciencia buscan,
En la húmeda superficie
Vaga incorpórea bruma.
Poco a poco va envolviendo
Del tronco la faz adusta,
La desgredada melena
Hasta que todo le oculta;
Pero al traves de los pliegues
En la niebla inoportuna
Se ve que el sauce pomposo
Eternamente pregunta
I eternamente las ondas
Sin responderle murmuran.

La Serena, Enero de 1876.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

EL HOMBRE-DIOS.

Por lo visto, hai en el fondo de la sabiduría humana i de las grandezas de la tierra una sombra profunda que, reflejándose en la frente de los sabios i de los poderosos, la cubre de tristeza.

Hablando de Napoleon, decia Sieyes: "Es un hombre que todo lo sabe, que todo lo quiere i que todo lo puede." Los hechos posteriores de Bonaparte, desde el Consulado hasta Santa Elena, dieron testimonio auténtico de la exactitud de las palabras de Sieyes. Jenio o fortuna, ello es que Napoleon, dentro de los límites humanos, todo lo supo, todo lo quiso i todo lo pudo.

Cualquiera que sea la atraccion o la repugnancia que su nombre nos inspire, es preciso admirarlo.

Pues bien, el arte nos representa a este hombre extraordinario en el momento solemne en que ejecuta una de sus mas atrevidas empresas, como si buscara la ocasion en que debió mostrarse en su actitud i en su rostro la expresion suprema de su audacia i de su jenio.

¿Quién no ha visto el hermoso grabado que representa a Napoleón pasando los Alpes? Su figura solitaria se destaca sobre las sombras del cuadro, en medio de las bruscas asperezas de un terreno casi inaccesible. Por allí van con paso lento i silencioso la audacia i el jenio, la fortuna i la gloria.

Mas reparad bien: aquellos brazos cruzados sobre el pecho, aquella cabeza inclinada, aquellos ojos medio ocultos bajo la sombra de los párpados caidos, aquella frente, a la vez despejada i fruncida, revelan sin duda al grande hombre sumerjido en las luminosas oscuridades de sus vastos designios; pero ¿cuál es la expresion dominante en su actitud meditabunda i en su rostro pensativo? No es posible desconocerla: la tristeza.

Cuenta con la audacia i parece humillado; es el jenio i marcha a cumplir sus terribles destinos con la frente inclinada sobre la tierra; le sonrie la fortuna i baja los ojos como si quisiera huir del encanto de sus locas sonrisas; ilumina la gloria los horizontes de su vida, i el ligero fruncimiento de su boca descubre que duda a la vez de su audacia, de su jenio, de su fortuna i de su gloria.

Parece abismado en hondas soledades de profundas tristezas.

Despojósele por un momento de los detalles suntuarios que reaniman en nuestra memoria la figura característica de Napoleón, i nos será difícil distinguir en su actitud i en su rostro si se ajita en el fondo de su entendimiento un gran pesar o una gran empresa.

No penseis que es Napoleón, que como Aníbal, atraviesa los Alpes, i solo hallareis en él una actitud desalentada i un rostro triste.

Difícilmente descubriríamos en las arrugas de su frente el plan de conquistar a Italia i el propósito audaz de erijirse en árbitro de Europa; mas bien veríamos en ellas las señales inequívocas de un dolor oculto.

No seria a nuestros ojos el hombre que, fatigado la victoria, busca para apropiársela la menor grandeza de la tierra; mas bien nos parecería un sér que, cansado de los desengaños de la vida, huye del mundo oprimido por el peso de mui tristes pensamientos.

Muchas veces he contemplado el busto del Dante, i ante la tristeza que, por decirlo así, sombrea las severas líneas de su rostro, he sentido el impulso de estas mismas reflexiones.

La cabeza del gran poeta, que el arte nos ha trasmitido, aparece modelada por rasgos graves, que imprimen en el conjunto de su fisonomía austera la doble expresion de una gran pena i de una grande esperanza.

El laurel que corona sus sienes brilla sobre la frente de esta gloria humana, como la claridad sobre la sombra, como un rayo de sol sobre una nube, como los resplandores del cielo las tinieblas de la tierra. Hai en esta mezcla de dolor i de gloria algo semejante al crepúsculo, algo que descende de alturas inaccesibles, algo que se levanta de abismos desconocidos. Son los esplendo-

res del jenio divino, que se desvanecen en los rasgos oscuros de rostro humano; es el alma inmortal que resplandece entre las lóbregues de la cárcel mortal en que vive encerrada.

Sea el que quiera el capricho o la perversidad, la estupidez o la barbarie de lo que llamais vuestras opiniones políticas, no os es lícito negar, ante los testimonios auténticos de la historia falsificada, que Felipe II fué un gran rei, cuya grandeza ha pretendido en vano oscurecer la calumnia sistemática de sus detractores. Pues bien, si os habeis detenido alguna vez delante del retrato de Felipe II, trazado por el pincel de Pantoja, habreis participado de la tristeza que baña el severo rostro de aquel monarca, que hacia inclinar la balanza de Europa con el peso de su cetro.

En fin, si quereis reunir en una sola imájen el modelo mas acabado de la sabiduría, del poder, de la grandeza i de la virtud, considerad, bajo el aspecto puramente humano, la nobilísima figura de Jesucristo, i no podriais concebirla en toda la plenitud de su belleza, sino se os aparece iluminada por un rayo de luz divinamente triste.

Quiero decir con eso que el fondo de toda sabiduría humana i de todo poder humano es la tristeza.

Hai un rasgo característico, i que podriamos llamar frenolójico, propio de toda superior intelijencia, que es la reflexion; i no hai pincel humano que trace fielmente los contornos de una cabeza reflexiva, de una frente pensadora, sin determinarla por medio de rasgos tristes.

Jamas he tenido a Voltaire por sabio, i apénas hai quien le conceda un honor semejante; *la Biblia al fin explicada* es ciertamente un monumento de su audaz ignorancia. Se ha hablado mucho del *jenio* de Voltaire, mas la crítica justa, añadiendo una sílaba a la palabra, ha disminuido considerablemente su triste celebridad; ya no se habla mas que del *injenio* de Voltaire. Inferior a Racine, a Corneille i a Molière como literato, hai que concederle, no obstante, como filósofo, el execrable honor de haber sido un gran sofista.

¿Nó? Pues examinad la expresion antipática de su fisonomía i la acerba sonrisa de su boca astuta os revelará bien pronto el veneno de su lengua; en las sombras que surcan su frente no descubrireis la majestad del pensamiento que busca la verdad, i en la expresion de su fisonomía aguda, burlona i repulsiva, buscareis inútilmente la majestuosa tristeza, que parece ser la atmósfera propia de la sabiduría i del jenio.

La burla de Voltaire es una mueca con la cual intenta encubrir la oculta desesperacion en que se ajita su espíritu rebelde; podria creerse que su movible intelijencia solo se sentia animada por un odio incorregible hácia la verdad, como si su falsa ciencia le hubiera hecho probar los frutos mas amargos de la sabiduría humana.

Al cojer del árbol de la ciencia del bien i del mal el fruto prohibido, parece que Voltaire solo probó el fruto del mal.

Es cierto que la revolucion francesa tributó a su impiedad grandes honores; pero es toda certidumbre que, si hubiese vivido, esa misma revolucion le habria guillotinado, porque tal fué el fin desastroso de todos los que la enjendraron.

Si descendemos de la alta rejion en que habitan los hombres superiores, encontraremos mas palpablemente comprobada la observacion que sirve de motivo a las presentes reflexiones.

La experiencia es una sabiduría que el hombre adquiere año tras año en la universidad de la vida; el gran libro de esta ciencia experimental es el mundo, el gran maestro es el tiempo.

Por mas que la juventud insensata de nuestra época se haya apropiado, por el novísimo derecho de las incautaciones, la posesion incontrovertible de todos los conocimientos con que se enorgullece el jénero humano, no le ha sido posible todavía a lo ménos disputarle a la ancianidad el amargo privilegio de la experiencia.

I yo pregunto: ¿por qué la infancia, que todo lo ignora, es tan risueña? ¿Por qué la juventud, que no ve mas allá del dia en que vive, es tan alegre? ¿Por qué la ancianidad, que todo lo sabe, es tan triste?

O de otro modo: ¿por qué la sencilla ceguedad de la inocencia i de la ignorancia es mas feliz que las orgullosas satisfacciones de la intelijencia? ¿Qué hai en el fondo de la grandeza i de la sabiduría de la tierra, que de tal modo entristece o desespera el alma del hombre? ¿Por qué, en fin, la sabiduría es tan triste? ¿Por qué la experiencia es tan amarga? ¿Qué cruel desengaño hai en el fondo de la vida i en el fondo de la ciencia humana?

Lo diré en ingles para mayor claridad: *That is the question.*

Convengamos, no obstante, en que la civilizacion que llamamos moderna, i que es, sin embargo, tan antigua como el hombre, ha convertido la tierra de nuestros dias en verdadero paraiso. Concedámosle, aunque no sea mas que por un momento, esta infeliz satisfaccion a nuestro orgullo.

Mui bien: hemos plantado en medio de este jardin de delicias el árbol frondoso de la ciencia humana, i sea como quiera, nos hemos otorgado ámplio permiso para probar libremente el fruto prodijioso; hemos penetrado hasta el último secreto de todas las cosas; hemos hecho descender de las alturas inconmensurables de su omnipotencia al mismo Dios, i lo hemos declarado súbdito de nuestra razon soberana. Perfectamente. Nos hemos incautado del universo, i sacándolo de las *manos muertas* de la Divinidad, lo hemos hecho nuestro. Somos, pues, aunque simples mortales, i esta es la gracia, infinitamente sabios, poderosos, principio i fin de todas las cosas.

¡Ah, si las jeneraciones que ya han desaparecido hubieran po-

dido adivinar este supremo engrandecimiento de la especie humana, habrían detenido la muerte para venir a pasar con nosotros el resto de sus días!

¿Quién nos tose a nosotros con tanto poder i con tanta ciencia? Verdaderamente nadie.

Mas entre tanto, meta cada uno la mano en el saco siempre lleno de sus propias desdichas; sondee cada cual el abismo de sus angustias, de sus dolores i de sus tristezas; penetremos por un momento en los oscuros rincones de nuestras miserias, i contestemos francamente: ¿somos mas felices?

La sangrienta agitacion en que vivimos, la desesperada algazara en que nos revolvemos, la ruina que nos amenaza, el incendio que nos cerca, el espanto que nos domina i el desastroso desorden que nos asedia, ¿son acaso la suprema dicha o el supremo castigo?

Eso sí, nosotros hemos reconstruido el paraiso, ¡qué duda tiene! ¡Aquella primera morada del hombre, que los incrédulos niegan, la hemos realizado por un acto soberano, por un acto creador de nuestra sabiduría, de nuestro poder i de nuestro jenio; mas todavía, no hemos podido eludir la ominosa lei que nos condena a probar todas las amarguras de nuestras soberbias grandezas.

Al paladear el sabor amargo del fruto prohibido, hemos entrado en la plenitud de la sabiduría, i hé aquí que somos dioses pero ¡Dios mio, qué dioses tan felices!

Lo hemos conquistado todo, ménos la felicidad.

I pregunto de nuevo: ¿Por qué la sabiduría del hombre está tan llena de tristezas? ¿Por qué ha de estar la experiencia tan llena de amarguras? ¿Por qué esta civilizacion presuntuosa está tan llena de desastres? En una palabra, si lo sabemos todo, ¿cómo no sabemos ser dichosos?

¿En qué filosofía, en qué ciencia, en qué historia quereis encontrar la explicacion de tan raro i tan constante fenómeno?

No hai mas que una filosofía profunda, una historia eterna, una ciencia suprema que saben explicarlo. Hé aquí el verdadero oríjen de toda historia, de toda filosofía i de toda ciencia. La primera caida del hombre, el árbol de la ciencia del bien i del mal, el fruto prohibido, es decir, el fruto que hemos alcanzado.

No hai en la historia de la especie humana un hecho mas constantemente comprobado. Es un hecho perpétuo que se sucede visiblemente de tiempo en tiempo, con claridad espantosa, como si quisiera reproducir en el curso de las jeneraciones el testimonio vivo de su divina autenticidad.

¡Qué terrible ceguedad se apodera de los siglos impiamente sabios! ¡Ellos niegan la revelacion en el momento en que ellos mismos la atestiguan!

JOSÉ SELGAS.

¡POBRE AVECILLA!

En vano con tus alas
Ensangrentadas,
Pobre avecilla, azotas
Contra la jaula.
Los crueles hierros
¡Ai! serán insensibles
A tus lamentos.

Yo comprendo tus penas
Sin que las digas
¡Si pudiera soltarte,
Tierna avecilla!
Talvez mañana
Amarás ya la cárcel
Que hora te espanta

A mí no me atormentan
Dorados hierros,
Pero estoi ménos libre,
¡Sí; mucho ménos!
Canto mis penas
Como tú ¡las escuchan,
I las desprecian!

I yo no amaré nunca
La horrible cárcel,
Ni batiré las alas
Para librarme
Tú, el campo ansías;
I yo morir cautivo
¡Canta avecilla!

Lebu, 25 de Enero de 1876.

JUAN R. SALAS E.

UN OBISPO POETA.

Ha sido preconizado últimamente obispo de Cuenca el doctor Sebastian Herrero i Espinosa de los Monteros, arcipreste de la santa iglesia Catedral de Cádiz, i sujeto de peregrina historia. Quizás cuando este artículo vea la luz pública esté ya consagrado en la misma iglesia.

El señor Herrero i Espinosa nació en Jerez de la Frontera i estudió leyes en la Universidad de Sevilla por los años de 1835 a 1841, en los tiempos en que una juventud entusiasta por las glorias patrias se había dedicado i dedicaba al cultivo de las letras.

Con claro ingenio, con el ejemplo de sus amigos i sobre todo con el de su hermano don Diego, autor del poema intitulado *El Diluvio*, siguió los modelos de la docta escuela sevillana, en que campea el estudio escojido de la lengua española i la delicada inspiracion.

Mui presente tengo una oda del señor Herrero, escrita en 1843, en que exclama:

¡Sublimes cantos del divino Herrera,
De Leon, de Rioja i Garcilaso!
¡Cuán presentes estais en mi memoria
Flores, hermosas flores del Parnaso!

En Sanlúcar de Barrameda primero i en Cádiz luego, representóse un ensayo dramático, compuesto por el señor Herrero, con el título de *Don García el Calumniador*, donde descubrió al par de su inspiracion, disposiciones felicísimas, en medio de inexperiencias juveniles. Obtuvo este ensayo grandes aplausos, sentidos vivos de sus amigos i admiradores i el obsequio de una pluma dedicada a sus merecimientos.

El ilustre i anciano poeta antequerano, don Juan Capitan, procuró estimular el talento del señor don Sebastian Herrero, con un soneto que terminaba así:

Todo Guadalquivir triunfos espera
Del que enlaza el coturno castellano
Con el verde laurel de la ribera.

Respondióle el señor Herrero con un soneto improvisado, en que se ostenta el brio i sobre todo el gusto poético de los Herreros i Arguijos.

Coronas de laurel ciñera un día,
Mis versos entre aplausos resonaron
I los vates sus cítaras pulsaron,
Con su fuego inflamando el alma mía.

No al talento precoz, no a don García
Con avidez los vates celebraron;
Que tan solo mis sienas coronaron
Para encender mi débil fantasía.

Yo la ofrenda admití; mi alma la adora
Con entusiasmo religioso, ardiente,
Mientras la luz de Melpoméne implora;

Mas no hai inspiracion aquí en mi mente,
Que al resonar tu voz encantadora
Depongo el lauro para ornar tu frente.

Dedicado el señor Herrero al estudio de las leyes, recibió el grado de doctor i llegó a ejercer la judicatura por algunos años en una importante poblacion de Sevilla, con gran crédito de rectitud i prudencia.

Tocóle Dios en el corazon, i en un día dejó dignidades i honores, esperanzas i deseos; retiróse a Sevilla a entrar en la Congregacion de San Felipe Neri, buscando en el sacerdocio el seguimiento del bien que en el mundo no hallaba.

Cumplió el tiempo del noviciado con la admiracion de los que le conocian, siendo obedientísimo i respetuoso el que no sabia hasta entónces otra cosa que mandar i ser respetado, i llegó el instante de la alegría de su alma, recibiendo las órdenes sacerdotales como con desengaños del siglo la recibieron antiguamente otros poetas: Vicente Espinel, Lope de Vega, don Pedro Calderon de la Barca, don Antonio Solis i tantos otros.

Al contrario de Frai Luis de Leon, tan eminente poeta i tan admirable prosista, que jamas pudo predicar, don Sebastian Herrero se consagró a la elocuencia. La poesía le dió ternura, imágenes i toda clase de afectos para conmover las almas.

De Sevilla se trasladó a Cádiz, donde sus superiores le confiaron el cargo de prepósito de la Congregacion que se instalaba en la antigua iglesia de San Felipe Neri, donde en 1812 i 1823 estuvo el palacio de las Cortes.

En esta ciudad permaneció algun tiempo, conmoviendo con su elocuencia los espíritus i enseñando la filosofía del que nació para felicidad del mundo.

Deberes de familia le llevaron a aceptar una canonjía en la Colejiata de su patria, de donde pasó a ser canónigo de Cádiz i luego arcipreste, sustituyendo a su hermano don Diego en el provisorato, con igual fama de agrado, discrecion i rectitud.

No olvidó por eso el cultivo de la poesía; alguna vez ha recordado los días de su juventud dedicando versos a María o enalteciendo las glorias de Miguel de Cervantes.

Muchas son las sagradas oraciones que ha pronunciado en Cádiz, no siendo de las ménos sublimes la que oímos en la santa iglesia Catedral el 7 de noviembre de 1866, en las solemnes honras celebradas por el descanso de las almas de los que habian perecido en la heroica campaña del Pacífico defendiendo el nombre de España. Los ilustres marinos de la fragata *Villa de Madrid* i el pueblo de Cádiz, que concurrió a ese acto, no pudieron ménos de verter lágrimas al escuchar las tiernas imágenes del orador sagrado.

Hoy, que va a recibir la consagracion episcopal, yo, como antiguo amigo suyo, i mas que antiguo amigo, admirador de su talento i de sus virtudes, le he dirijido la felicitacion siguiente, en que se recopilan todos sus merecimientos:

“Ilustrísimo señor don Sebastian Herrero.—Mi mui respetable querido señor i amigo: Al ver a Vuestra Ilustrísima exaltado a la dignidad de obispo, en la sede de Cuenca, recuerdo que siendo yo casi todavía niño celebré el rico i florido ingenio de Vuestra Ilustrísima en uno de mis primeros versos, cuando cultivaba la poesía como el bien de mis bienes, como el encanto de mi alma, como el alma de la mia, como la dulce vida de las esperanzas.

“¡Oh tiempo feliz que jamas se deja olvidar! Entónces por do quiera nos parecia descubrir por las calles de Sevilla, o al pié de los arcos árabes i mudéjares, o de las vírjenes góticas, o de los naranjos cubiertos de azahares, o a la sombra de las alas de los serafines de Murillo, las imágenes del divino Herrero, del culto Rioja, del severo Arguijo, renaciendo al fuego de nuestras fantasías, i creíamos sentir en nuestros oídos la deliciosa armonía de sus versos, la gala de su lenguaje, la alteza de sus pensamientos, i todo de una manera tan admirable i delicada, que al decir lo que sentia no puedo declararlo como era sino únicamente como lo sé decir; poesía, en fin, que hablaba a nuestros corazones, para que el alma respondiera al recuerdo de tanta gloria patria con esperanzas i con deseos.

“Los jóvenes que al par mio ha mas de treinta años solemnizaron en Cádiz el númen de V. I., todos nos han precedido en el camino de la muerte. ¡Ojalá se hayan convertido sus cánticos de poeta en aquellos eternos de alegría de la celestial Jerusalem.

“¡Ah! nó: no es ilusion, tan unidas se hallan en mi espírita sus memorias, cual la imagen en el lienzo en que está pintada, que hasta entiendo que me dicen:

“Tú nos has sobrevivido: tú estás llamado a saludar por nosotros a aquel joven de singulares esperanzas, cuya virtud valerosa, cuyo desengañado conocimiento del mundo i cuya tierna elo-

cuencia lo han llevado en mayores dias a unir en sus sienes la sacrosanta mitra a los laureles del poeta.”

“I ¿cómo enmudecer ante este misterioso llamamiento, cuando venerar el ingenio i las letras i toda clase de méritos, i aplaudirlos i engrandecerlos justa i noblemente, es la única ciencia que con facilidad he aprendido?”

“I ¿qué mas hermosa alabanza para honrar la verdad que el recuerdo de la vida de Vuestra Ilustrísima? Del estudio de las leyes i de los poetas, a la toga; de la toga del magistrado i del esplendor del traje de Maestrante de Sevilla o del de Caballero de San Juan, a la austeridad, a la pobreza humilde i a la obediencia del sacerdote filipense; de la tribuna del Liceo de aquella ciudad donde resuena su voz en canto de amor i por amores, a la cátedra del Espíritu Santo, para imitar la dulce i arrebatadora elocuencia de San Bernardo, enseñando con verdades i sentimientos del cielo con que pasar seguramente el turbulento rio de las pasiones humanas. ¡Ejemplo de abnegacion sublime en esta edad que parece formada de las desventuras de todos los siglos, siendo la mas grande de todas el haber enloquecido.

“Sí: en nuestros dias se renuevan en Vuestra Ilustrísima los de nuestras glorias en las letras: la poesía trasladada a la elocuencia del púlpito, i mas tarde, con el báculo del pastor, dándole Dios su espíritu i bendicion para traer las jentes a la verdad i a la gloria del Evangelio.

“No recordaré las sombras de los Santos Prelados de la España goda; pero sí invocaré a vos, Bernardo de Balbuena, ilustre e ingenioso cantor del héroe de Roncesvalles; sí, obispo de Puerto Rico; i a vos, don frai Pedro en Oña, obispo de Venezuela, que celebrasteis el *Arauco Domado* en grandiosos versos i que con elocuencia cristiana enseñasteis lo que son *Las postrimerías de la muerte*, prestadme alguna parte de vuestro jeneroso aliento para ensalzar al amigo, cuya virtud, cubierta siempre con el manto de la modestia, recibe el premio que ha tanto tiempo que le deseo.

“Mas no debo proseguir: conozco que le hiero al dedicar a Vuestra Ilustrísima tales palabras; pero de otra suerte no puede salir de mi corazon esta alegría para que sepa que la siento, i no quiero que pase cosa alguna de olvido entre la eleccion de Vuestra Ilustrísima i el parabien de mi admiracion i de mi afecto.

“Aunque suenan mui léjos de la grande elocuencia de Vuestra Ilustrísima, mis palabras las tengo en mucho, no por lo que ellas valen, sino por el nombre i por la dignidad i por el talento de la persona a quien las dirijo.

“I hai en todo esto la declaracion de un vago secreto que se ocultaba en mi alma i no sabia dónde. Quizás por mis años me quedan pocos instantes de dia: se acerca la noche de la muerte. ¡Dichoso yo si en el último momento del último adios de mi vida puedo estrechar una cruz en mis manos con un ramo de esas

flores de delicadeza suma que ha sembrado Vuestra Ilustrísima por medio de su elocuencia en el jardin de los corazones!

“Así podré con esperanza inmutable distinguir en otro mejor horizonte una luz divina que anuncie a mis ojos que se acerca el sol de la eternidad por quien suspira mi alma.

“Dios, en larga i felicísima vida, conserve a Vuestra Ilustrísima con aumento de dones espirituales, cual es la voluntad de su afectísimo amigo, Q. B. S. M.—ADOLFO DE CASTRO.”

Tal es la expresion sincera de mi juicio acerca de la persona del Iltmo. Sr. don Sebastian Herrero, que va a honrar la silla de Cuenca i a verter los raudales de su elocuencia en aquella diócesis, digna de ser felicitada por un suceso tan importante.

En medio de su juventud i de sus dichas i de sus alegrías, el señor Herrero tenia un presentimiento de los desengaños del mundo cuando cantaba:

¿Qué valen las coronas
Del mundo entero,
Si cual hojas marchitas
Las lleva el viento?

Trocadas las suertes i los estados, hoi con toda propiedad puede repetir el nuevo obispo, con los ojos fijos en el cielo i vencidas i encadenadas las pasiones a la razon i la razon a Dios:

Desde entónces bendigo
Mi cautiverio;
Que es dulce ser esclavo
De un dulce dueño.

ADOLFO DE CASTRO.

¡TU ERES ELLA!

Hermosas son tus hojas,
Bellas tus flores;
¿Cuál hai en los jardines
Que no te adore,

Cuando redondo
Tu brillante ramaje
Se alza orgulloso?

¡Ah, nó! tú así lo crees.
¡Cuánto te engañas!
¡Qué vales sin perfume
Camelia vana?
Altiya i necia,
Tú no eres lo que busco.
¡Tú no eres *ella!*

Tú si que eres la reina,
Rosa galana;
A todos tú festejas
Con tu fragancia.
Tú de la brisa
Eres i de la Aurora,
La favorita.

¡Ah flor desventurada!
Solo te ostentas
Un brevísimo instante,
I despues. ¡seca!
¡Oh frágil reina,
Orgullosa i fragante,
Tú no eres *ella!*

Tú, pudorosa i alba
La frente elevas,
Eres tímida i noble
Cual la inocencia.
Tú a nadie envidias,
I jamas has temido
La ajena ira.

Tú, solo tú mereces
Ser de las flores,
La reina, i la querida
De los amores.
¡Casta azucena,
Yo te amo, que tú solo,
Tú, eres *ella!*

Lebu, 25 de Enero de 1876.

JUAN R. SALAS E.

EL PICAFLOR.

Ave que lindos colores
Ostentas en tu ropaje,
Rico encaje
De mil flores,
¿Por qué alegre vas i vienes
I apénas un breve instante
Inconstante
Te detienes
En la flor que apénas toca
El plumaje de tus alas,
Flor que en galas
Te provoca?
Si te miro en la pradera
Volar contenta i festiva,
Ave esquiva
I hechicera,
Se agolpan al alma mia
Mil recuerdos de esas horas
Seductoras
De alegría.
Recuerdo que cuando niño
Mi madre me sonreía
I adormía
Con cariño,
Recuerdo que jugueteaba
Del jardin entre las flores.
¡Los dolores
Ignoraba!
Mas esos dulces instantes
Lijeros se deslizaron,
I pasaron
Inconstantes.
¡Dejando triste mi pecho,
I en lugar de tanta dicha,
La desdicha
I el despecho!
¡Tan duro vivir me espanta,
Pues mi vida es nube oscura
Do insegura
Va mi planta!
¡I siendo al placer extraño,
Por do miro hallo el hastío,
I el mas frio
Desengaño!
Por eso errante en el mundo
Suspiro mi cruel tormento

Con profundo
Sentimiento,
¡I comparo desdichado,
Mi existencia desvalida,
Con la vida
Del pasado!
Mientras tú, galan de flores,
Siempre alegre vas volando,
Ostentando
Tus primores.
I siempre de orgullo lleno
Te reclinas de los rosas
Mas preciosas
En el seno.
En los prados flores bellas
Por tus encantos deliran,
I suspiran
Todas ellas.
I débiles i rendidas
Escuchan tu dulce ruego,
Mas tú luego
Las olvidas.
I vuelas a otras praderas,
Cautivando en tus amores,
Nuevas flores
Hechiceras.
¡Mas, cuidado! ¡vé con tiento!
Advierte que vuela a prisa
La sonrisa
Del contento:
¡I que, tras lindos colores,
Ocultan crueles espinas
Esas flores
Peregrinas!
Sigue, sigue, jugueteando
Del jardin entre las flores,
Tus colores
Ostentando.
Sigue, sigue, i de las fuentes
Riza el encaje de espumas,
Con tus plumas
Relucientes.
¡Que yo triste en mi camino,
Lloraré la suerte avara
Que depara
Mi destino!

ROSENDO CARRASCO.